Fragmento

Una mamá española en Alemania

Fátima Casaseca

Las divertidas aventuras de la popular blogger española y madre de familia afincada en Alemania mientras intenta sobrevivir a los mitos y los fríos de los teutones.

A mis padres y a mi hermana, por todo y más.
A mi marido y a mis hijos, por hacerme tan feliz

Prólogo

Alemania es un gran país. Es más pequeño que España, verdad, pero aun así *gran* en todo él. Es el motor de Europa, tiene a una mujer al frente —rubia, para más inri— y hacen las mejores lavadoras del mundo. También hacen los mejores coches y tractores y, probablemente, la mejor cerveza. Pero a mí, desde que tengo hijos, lo único que me importa es la lavadora. Varias veces al día, por cierto.

Supongo que ahora se estarán preguntando que qué *koñen* hace una española subida en el motor de Europa, con tres niños y marido teutón de pro, poniendo ella las lavadoras, ¿no? Se lo explico encantada: verán, aquí no es oro todo lo que reluce.

¿La mujer rubia y poderosa? No tiene hijos. Ni uno solo. Algo común aquí si se quieren ejercitar las neuronas con algo que no sea la consistencia de la mermelada o el acoso al homeópata; porque lo de tener niños y vida profesional o neuronal, o ayuda doméstica, no se estila por estos lares.

Sospecho que en este momento siguen atrapados en su asombro y no consiguen encontrar explicación racional a los despropósitos cromáticos de la rubia, o a su empeño por combinar traje de gala con calcetines tobilleros. Si no tiene hijos, pensarán, ¿por qué *cojonen* va así? No sigan; no le ocurre nada malo. Es, simplemente, alemana.

Cuando, allá por el 2004, aterricé yo aquí, no sabía nada de esto. Es más, ni lo sospechaba. Para colmo de bienes, mi primera parada fue Berlín, que ya saben aquello que dicen de que *Berlin, du bist so wunderbar* y no eres Alemania, ¿verdad?

Allí fue donde conocí a mi Maromen, al que, por cierto, quiero mucho, como la trucha al trucho. Nos enamoramos, me preñó y nos casamos. Y, entremedias de todo esto, yo terminé la carrera. Vivíamos felices, comíamos perdices y trasnochábamos mucho.

Aunque les parezca mentira, a mí me esperaba un incierto futuro como autora de textos profundos y espesotes. Y no se vayan a pensar que exagero, que, con una recién estrenada licencia de filósofa y teóloga por la Humboldt-Universität de Berlín, sale una del campus equipada para acabar con el insomnio de todo el planeta. Una carrera con muchísima proyección profesional, anda que no.

Pero como bien entonan las abuelas, los niños comen y la vida da muchas vueltas, y, acercándonos peligrosamente a la era rabietas de nuestro por aquel entonces primer polluelo, nos liamos la manta a la cabeza y aterrizamos con nuestros bártulos en un requetebucólico y aburridísimo pueblecito de cuento al sur de las Teutonias.

Un año y otro hijo más tarde, en el punto más gélido del invierno alemán, al borde del colapso social e intelectual después de unos meses pegada a la mopa y los fogones, me descubrí embarazada del tercero. Y fue entonces cuando encontrar una vía de escape se convirtió en una cuestión de supervivencia.

La simpatía natural de los autóctonos, junto con su sorprendente parecido a la acelga común, me dificultaron entablar relaciones terapéuticas y refrescantes. Bueno, eso y los dos pequeños complementos saltones que me acompañaban a cada paso. Las únicas opciones que me quedaron entonces

fueron el psiquiátrico del pueblo contiguo o un blog. Y ya saben cuál elegí.

Desde que lo empecé, han pasado muchas cosas: un tercer (¡y juro que último!) polluelo, cuatro *au pairs*, mi incorporación al mundo de las madres redundantes, varios accidentes caseros, tropiezos culturales, genéricos y, si me apuran, hasta existenciales. Compartirlo a carcajadas se ha convertido en una necesidad vital. Y es que, puestos a elegir, ¿quién prefiere llorar a reír?

CAPÍTULO I

La receta

El día que el Predictor, todo amable y aséptico él, me informó sobre el origen de ese sueño que me tenía desvaneciéndome por las esquinas, mi corta vida pasó por delante de mis ojos.

Que mis padres hubiesen conocido al implantador de la semilla cuatro días antes —en Nochevieja y con la boca llena de uvas—, que no hubiese terminado la carrera y que viviese exactamente a 2.301 kilómetros del clan ibérico que me crió me animó a rebobinar la película varias veces, a ver si así conseguía retrasar algo la caída en la cuenta de que mi madre me iba a matar.

Se aguantó las ganas, como habrán notado ya, aunque me consta que le sobraban. Después del disgusto inaugural, que me la tuvo lagrimeando dos días enteritos, mi santa madre se acabó reintegrando para entregarse al llanto más desconsolado.

Pero no se vayan a creer que lloraba por mí, qué va, que después de la adolescencia que le regalé, su único consuelo era la inminencia de su revancha. ¿O no se dice, con razón, que los nietos son los justicieros de sus abuelos?

Mi agorera progenitora por quien se lamentaba de verdad de la buena era por aquella bola de carne rosa y divina que iba a asomar la cocorota al mundo desde mis muslos. Según ella, le iba a tocar en suerte la madre más inútil del mundo; o sea, yo.

Razón no le faltaba, desde luego. Año y pico llevaba ya

instalada en la capital teutona y seguía provocándole a diario sacudidas de cabeza y suspiros abismales. Pero es que tener una hija que te llama al borde del colapso nervioso jurando que hay una rata debajo de su cama, para acabar descubriendo que no, falsa alarma, que sólo es una pelusa un poco gorda, que «es que no he tenido tiempo de limpiar todavía», no es para menos, ¿no creen? Sobre todo si hacía ya más de un mes que la niña se había independizado.

La angustia por mi próxima maternidad traía pues a la futura abuela por el camino de la amargura. Que tú leerás a Kant, cariño, pero no sabes hacer la O con un canuto, me decía entre sollozos.

Cuando mi bombo empezó a ser evidente, mi madre decidió secarse las lágrimas, sonarse los mocos y poner remedio a mi incompetencia. La distancia hizo que el adiestramiento tuviese que efectuarse por teléfono. Una pena, pensarán ustedes, y se equivocarán de pleno; porque, aunque es verdad que la eché de menos haciendo croquis a mi vera, me ahorré una de collejas que ni se imaginan.

El primer día de instrucción, sin ir más lejos, mi santa madre decidió dedicarlo a la gastronomía saludable y empezar con un sencillo puré. De esos verdes de toda la vida.

—Facilísimo —me dijo—, esto lo puede hacer hasta un mono con los ojos vendados.

A pesar de la inmerecida comparación me animé, apunté la receta y prometí volver a llamarla en cuanto terminara. Enseguida reuní los ingredientes; los lavé, pelé, corté y zambullí en el puchero. Incluso juraría que me puse un delantal y tarareé alegremente.

Unas dos horas más tarde marqué enfurecida el número de mi instructora.

—¡Mamá, me has dado mal la receta! —le espeté en la oreja con toda la indignación que pude amontonar.

—¡¿Yo?! —me contestó ella sorprendida—. ¡Pero si te la he leído del Simone Ortega, niña!

—Que no, mamá, que está mal, que te habrás saltado algo...

Dudosa y desconcertada, volvió a sacar el librito de marras y, punto por punto, me repitió las directrices de la receta. Y no, no se había saltado nada.

—Pues no lo entiendo, mamá, pero aquí algo ha salido mal.

—¿El qué, mi vida? ¿Qué va a haber salido mal? —me preguntó exasperada.

—Pues no lo sé, mamá, pero desde luego que no me ha salido el puré; he estado más de una hora cociendo las verduras y, cuando he abierto la tapa... ¡seguían en trozos!

Ésta fue la primera gran colleja merecida —de muchas— que me ahorré.

CAPÍTULO 2

Viajar con niños

Viajar sola con niños en avión pone a prueba el amor maternal de cualquiera y constituye un serio peligro para la preservación de la especie, pues amenaza con aniquilar a sangre fría los instintos reproductivos del resto de viajeros y personal del aire.

Si les soy sincera, no es una tortura a la que me someta por gusto; pero cuando una vive a casi dos mil kilómetros de la madre que la parió, el padre que la fecundó y los compañeros varios de correrías juveniles, la capacidad de sacrificio —propio y ajeno— aumenta que no vean.

En mis tiempos de primeriza, aquellos en los que cualquier desplazamiento —incluyendo aquéllos al supermercado— se tornaba en un desafío, ostenté con orgullo y desparpajo el título de cateta aeroportuaria común.

No me aplaudan que no tiene ningún mérito: palurdas del aire hemos sido todas en algún momento de nuestras vidas posparto; y a mucha honra, además. Nos ha podido el miedo a no llevar suficientes mudas de ropa, suficientes pañales, suficientes potitos y suficientes juguetes y, consecuencias de haber interiorizado la previsión como valor duplicante de nuestra condición genérica, decidimos que lo más fácil era mudarnos al avión. ¿A que sí?

Pasar el equipamiento vital al completo de una y de su descendencia por el control de seguridad en menos de cuarenta minutos requiere de práctica y paciencia infinita; pero, sobre todo, depende del lugar que ocupe All Bran en la dieta del inspector que nos toque en suerte. Mientras que unos te dejan pasar sin curiosear en tus zapatos, otros le hacen la prueba del explosivo hasta al chupete y te confiscan las horquillas por su potencial capacidad intimidatoria en caso de que te dé por secuestrar el aeroplano. Y créanme si les digo que no existe cochecito en el mercado que *de verdad* pueda plegarse sin la intervención de ambas manos.

A pesar de todo, reconozco que no supe dejar de considerar coger un avión como si se tratase de una evacuación nuclear y que continué llevándome la casa a cuestas en cada viaje durante varios años. Exactamente tres, que fueron los que tardé en dejar de ser histérica primeriza y convertirme en chalada madre de dos.

Resulta que a la evolución, que debía de estar ocupadísima aumentando la resistencia del vello femenino tras cada rasurado, se le debió de pasar la necesidad de añadirnos un par de brazos más —y ojos y, ya que estamos, horas de sueño— a las multíparas. Así que aquí la presente, después de comprobar la inviabilidad física de transportar dos niños y sus respectivos ajuares al completo, decidió arreglárselas con su anatomía de serie y una sola bolsa.

Les aseguro que fue una época bastante dura. Que después de días y días aplicando cuidadosamente criterios de preferencia infantil para la selección de *hits* literarios, potitos gourmet, repuestos textiles y camaradas de trapo, vayas a empaquetar justo —justo— aquellos que van a dejar de molar a miles de pies de altura en habitáculo ceñidito, ya es mala suerte. O que Herodes te ha puesto dos velas negras.

Me costó unas cuantas primaveras y otro niño más reco-

nocerle su infructuosidad a la bolsa. Digo yo que ¿para qué llevarse ningún juguete de casa si en las tiendas del aeropuerto tienen un mogollón de ellos a precio de oro y con una duración máxima de treinta minutos? ¿Y por qué me iba a pasar yo media mañana pelando fruta si el avión está lleno de uniformadas traficantes de glucosa?

Y así un día decidí desplazarme a pelo: un chupete y dos pañales para el pequeño. Y ya está.

La cosa iba bien, incluso muy bien, hasta que el oportunismo vejigo-intestinal del mediano se sintió menospreciado y quiso darle una lección a su ingenua madre. Que «Mamá, pis» era a toro pasado lo comprendí en cuanto conseguimos enlatarnos los cuatro en uno de esos aseos tan holgados y confortables —para Hobbits— que se encuentran en los aeroplanos.

Les aviso que secar unos pantalones en el aire acondicionado del avión —y no morir congelados— sujetando a tres infantes engominolados hasta las cejas es imposible; pero presentarme en morada abuelil con un niño medio desnudo en invierno era demasiado arriesgado. Al final recurrí a la menos peor de las soluciones y negocié con el Mayor el préstamo temporal de sus leotardos.

Digo que fue la menos peor porque la cara de haiku de mi madre al preguntarme por qué su nieto llevaba *leggings* no la olvidaré nunca. De hecho, su recuerdo es el que me espanta la idea cada vez que me siento tentada de volver a volar sin precaución.

CAPÍTULO 3

Con faldas y a lo loco

Que se te expatrie una hija es duro, sobre todo si es de esas con las que te empiezas a llevar bien en cuanto salen por la puerta. Si además resulta que se deja seducir por un autóctono del lejano país y juntos se dedican a traer al mundo miniaturas adorables, la cosa se recrudece bastante.

Le pueden preguntar a mi madre, que estará encantada de desahogarse con ustedes un rato y les proporcionará un inventario completo de los contras y recontras que tiene el abuelismo a distancia.

Lo que, sin embargo, mi madre nunca les confesará son las dimensiones patológicas que pueden adquirir las ansias de custodia ibérica desde la lejanía. Desde que salí del paritorio está obsesionada por mi —según ella— desespañolizamiento galopante.

Yo imagino que está condicionada por un comprensible temor al enfriamiento del vínculo y la pena por no poder disfrutar de su linaje en cómodas minidosis, tales como la comida del domingo, una tarde en el parque o unas tortitas en el Vips. Y lo entiendo, no crean, que no por ser yo la que puso pies en polvorosa padezco menos la carencia consanguínea.

Lo que ocurre es que, en estos casos, la distancia implica justo lo contrario que perspectiva y la desproporción se hace

ley. Basta que una semana no se sirvan lentejas en mi casa para que mi madre me acuse de apostatar de la dieta mediterránea; o que no sepa que la Esteban se ha operado la nariz para que se me impute sin dilación repudio por el folclore patrio; o que mis camas no se hagan con embozo para culparme de negligencia doméstica.

Un engorro considerable, si tenemos en cuenta que el padre de mis criaturas no diferencia la paella del *risotto* y sigue sin entender por qué no se puede calentar el gazpacho.

Reconozco que al principio sucumbía sumisa a la ofuscación de mi madre y, con maquiavelismo heredado, le explicaba a mi consorte germano la imperiosa necesidad de priorizar usanzas sureñas en nuestras rutinas. Él se mostró de acuerdo y aceptó dejarse colonizar en casa. Y todo hubiese ido como la seda, yo hubiese seguido muy manchega y nos habríamos ahorrado una infinidad de batallas dialécticas si mi progenitora no se hubiese desorbitado.

Porque vale que en este país el daltonismo crónico es un problema muy extendido y que los bebés suelen llevar una media de siete u ocho colores encima, combinando con ingenuidad enemigos acérrimos tales como el morado y el naranja o el naranja con cualquier otro. Pero una cosa es defender la armonía cromática de tus nietos y otra muy distinta promulgar el estilo borbónico.

Mi madre, así, porque ella lo vale, erigió el faldón como el atributo distintivo del bebé español. Ella, una mujer moderna que habitualmente reparte *leggings* entre sus sobrinas, se dedicó a expedir faldones a Alemania como si no hubiese un mañana.

Y en ésas andaba yo cavilando el porqué de tanto blanco y tanta puntilla, si apenas se atisban ya en España bebés almidonados, cuando mi Maromen quedó petrificado de espanto ante aquel festival de lazos. Ante mi aclaración del faldón como

prenda tradicional de rorros ibéricos desde tiempos inmemoriales, y tras jurarle que mi madre no se había confundido y que sabía que lo nuestro iba a ser niño, reaccionó escéptico.

«No me lo creo», repetía sin cesar. «Esa ropa es de niña», insistía. Y yo, que creí estar argumentando con convicción sobre la histórica masculinidad del azul celeste, comprendí su desasosiego cuando me exigió, exasperado, una prueba gráfica de que Bardem había llevado también uno de ésos.